

TRUDI CANAVAN

LA REINA
TRAIDORA

LA ESPÍA TRAIIDORA, III

Traducción de
Carlos Abreu Fetter

PLAZA  JANÉS

Título original: *The Traitor Queen*

Primera edición: marzo, 2013

- © 2012, Trudi Canavan
Publicado por primera vez por Orbit en Reino Unido,
en 2012
- © 2013, Random House Mondadori, S. A.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
- © 2013, Carlos Abreu Fetter, por la traducción

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-01-35418-2
Depósito legal: B-1.081-2013

Compuesto en Anglòfort, S.A.

Impreso y encuadernado en Liberdúplex, S.L.U.
Sant Llorenç d'Hortons (Barcelona)

L 3 5 4 1 8 2

1

Asesinos y aliados

En Imardin existía la creencia errónea de que la imprenta había sido inventada por magos. Debido al ruido espectacular y los movimientos convulsivos de la máquina, no era difícil que alguien que ignorara cómo funcionaba tanto la magia como la imprenta supusiera que en el interior de esta tenía lugar algún tipo de alquimia, pero en realidad la magia no era necesaria, siempre y cuando hubiera alguien dispuesto a hacer girar los volantes y accionar las palancas.

Sonea le había explicado a Cery la verdad sobre el artilugio hacía años. El inventor había presentado prototipos de la máquina al Gremio, que había decidido utilizarla para elaborar copias baratas y rápidas de libros. Más tarde, se instauró un servicio gratuito de impresión para las Casas, y uno de pago para los miembros de las otras clases. Se dio pábulo a la idea de que las imprentas eran mágicas para evitar la competencia. No fue hasta que el Gremio empezó a admitir como miembros a personas de origen humilde que el mito se vino abajo y los talleres de impresión proliferaron en la ciudad.

La parte negativa de esto, reflexionó Cery, fue la popularidad repentina de la novela romántica de aventuras. Una de ellas, publicada recientemente, estaba protagonizada por una rica heredera a quien un ladrón joven y apuesto rescataba de su vida lujosa pero aburrida. Las peleas eran ridículas e inverosímiles, y los bajos fondos estaban poblados por demasiados hombres atractivos con conceptos poco prácticos del honor y

la lealtad. La novela presentaba a una parte de la población femenina de Imardin una imagen del submundo de maleantes que estaba muy alejada de la realidad.

Naturalmente, él no había dicho una palabra de esto a la mujer que yacía en la cama a su lado y que había estado leyéndole sus pasajes favoritos de aquellos libros todas las noches desde que lo había dejado alojarse en su bodega. Cadia no era una rica heredera. «Ni yo soy un ladrón gallardo y bien plantado.» Se sentía sola y triste desde que su esposo había muerto, y mantener a un ladrón oculto en su sótano constituía una distracción agradable para ella.

En cuanto a él..., prácticamente se había quedado sin lugares donde esconderse.

Se volvió hacia la mujer, que dormía respirando con suavidad. Cery se preguntó si Cadia creía de verdad que él era un ladrón, o si él simplemente se ajustaba lo suficiente a su fantasía como para que a ella no le importara si era cierto o no. No era el ladrón joven y apuesto de la novela, y desde luego no tenía las energías necesarias para emular las proezas que describían sus páginas, ni en la cama ni fuera de ellas.

«Me estoy ablandando. Ni siquiera soy capaz de subir escaleras sin que se me acelere el corazón o me falte el aliento. Hemos pasado demasiado tiempo hacinados en escondrijos reducidos y entrenado demasiado poco para la lucha.»

Se oyó un golpe sordo en la habitación contigua. Cery irguió la cabeza y dirigió la mirada hacia la puerta. ¿Estaban despiertos Anyi y Gol? Ahora que él lo estaba, dudaba que pudiera pegar ojo en un buen rato. Nunca dormía bien cuando estaba encerrado.

Se levantó de la cama, y, de forma mecánica, se puso los pantalones y cogió su abrigo. Mientras deslizaba un brazo en una manga, extendió la mano hacia el pomo de la puerta y lo hizo girar de forma silenciosa. Cuando la abrió, vislumbró a Anyi. Estaba inclinada sobre Gol, empuñando un cuchillo que destellaba a la luz de las lámparas, a punto de asestarle una puñalada. El corazón le dio un vuelco a Cery, presa del horror y la incredulidad.

—¿Qué...? —titubeó. Al oírlo, Anyi se volvió hacia él con la envidiable velocidad de la juventud.

No era Anyi.

Con la misma rapidez, la mujer que no era Anyi centró de nuevo su atención en Gol, y el cuchillo descendió velozmente hacia él, pero unas manos se alzaron para asir la muñeca de la asesina y evitar la cuchillada. Gol se levantó de la cama a toda prisa. Para entonces, Cery ya había cruzado la puerta, pero aflojó el paso cuando lo asaltó un pensamiento que prevaleció sobre su intención de parar los pies a la mujer.

«¿Dónde está Anyi?»

Al volverse, vio que estaba produciéndose otro forcejeo en la segunda cama improvisada, aunque en este caso era el intruso quien tenía la espalda contra el colchón e intentaba apartar de sí las manos que sujetaban una daga justo por encima de su pecho. Cery se llenó de orgullo por su hija. Sin duda se había despertado a tiempo para sorprender al asesino y hacerle frente.

Sin embargo, su rostro estaba crispado en una mueca mientras se esforzaba por empujar el cuchillo hacia abajo. A pesar de la corta estatura del asesino, este tenía bien desarrollados los músculos de las muñecas y el cuello. Anyi no saldría vencedora de aquella competición de fuerza bruta. Su punto fuerte era la agilidad. Cery dio un paso hacia ella.

—Vete de aquí, Cery —bramó Gol.

Esto distrajo a Anyi, y sus brazos cedieron. De un salto, se situó fuera del alcance del asesino, que bajó de la cama, adoptó una postura de combate y se sacó rápidamente de la manga un cuchillo largo y fino. Pero no avanzó hacia ella. Su vista se posó en Cery.

Este no tenía la menor intención de dejar a Anyi ni a Gol solos en la lucha. Quizá tendría que abandonar a Gol algún día, pero ese día aún no había llegado. A su hija jamás la abandonaría.

Había insertado el otro brazo en la manga del abrigo en un gesto automático. Retrocedió aparentando temor mientras se llevaba las manos a los bolsillos para enrollarse en torno a las

muñecas las correas de sus armas favoritas: dos puñales, con la funda cosida al interior de los bolsillos de modo que pudiera desenvainarlos con facilidad.

El asesino se abalanzó hacia Cery. Anyi saltó sobre el asesino. Cery la imitó. No era lo que el hombre esperaba. Tampoco tenía previsto que su cuchillo quedara atrapado entre los dos puñales. O que una daga bien dirigida atravesara la carne suave de su cuello. Se quedó paralizado de asombro y pavor.

Cery esquivó el chorro de sangre mientras Anyi extraía su daga, hacía caer el cuchillo de la mano del asesino y lo remataba con una puñalada en el corazón.

«Qué eficiente. La he entrenado bien.»

Con la ayuda de Gol, claro está. Cery se volvió para ver cómo le iban las cosas a su amigo, y comprobó aliviado que la asesina yacía en el suelo, en un charco de sangre cada vez mayor.

Gol miró a Cery y desplegó una gran sonrisa. Tenía la respiración agitada. «Yo también», advirtió Cery. Anyi se inclinó, palpó la ropa y el cabello del asesino y se frotó los dedos.

—Hollín. Ha bajado por la chimenea de la casa de arriba. —Dirigió una mirada especulativa hacia la antigua escalera de piedra que ascendía del sótano a la puerta.

Esto desalentó a Cery. Independientemente de cómo habían conseguido entrar aquellos dos, o de cómo habían dado para empezar con su escondite, la guarida ya no era un lugar seguro. Contempló con el ceño fruncido los cadáveres de los sicarios, pensando en las pocas personas que quedaban a las que podía acudir en busca de ayuda, y en cómo ponerse en contacto con ellas.

Oyó un grito ahogado procedente de la puerta. Cuando se volvió, vio que Cadia, tapada únicamente con una sábana, miraba con los ojos desorbitados a los asesinos muertos. Esta se estremeció, pero al posar los ojos en él, su horror dio paso al desencanto.

—Supongo que eso significa que no te quedarás otra noche, ¿verdad?

Cery sacudió la cabeza.

—Siento dejarte todo este desorden.

Ella contempló la sangre y los cuerpos con una mueca, antes de arrugar el entrecejo y alzar los ojos hacia el techo. Cery no había oído nada, pero Anyi había levantado la cabeza al mismo tiempo. Todos intercambiaron miradas de preocupación, resistiéndose a hablar a menos que vieran confirmadas sus sospechas.

Cery percibió un crujido débil, amortiguado por las tablas del entarimado que tenían sobre sus cabezas.

Lo más silenciosamente posible, Anyi y Gol cogieron sus zapatos, sus mochilas y los faroles, siguieron a Cery a la otra habitación, cerraron la puerta tras de sí y la reforzaron colocando contra ella un viejo arcón. Cadia se detuvo en medio de la habitación, suspiró y dejó caer la sábana para vestirse. Tanto Anyi como Gol volvieron la espalda hacia ella de inmediato.

—¿Qué hago? —le susurró Cadia a Cery.

Este recogió el resto de su ropa y el farol de Cadia, y reflexionó.

—Síguenos.

Ella parecía más asqueada que emocionada cuando se escabulleron por la trampilla que conducía al antiguo Camino de los Ladrones. Allí, los pasadizos estaban sembrados de escombros y no resultaban del todo seguros. Aquel sector de la red subterránea había quedado aislado de los demás cuando el rey había reconstruido una vía cercana y levantado edificios nuevos allí donde antes había casas de las barriadas. Aunque aquella zona caía más bien fuera de los límites de su territorio, Cery había pagado a un viejo constructor de túneles para que excavara un nuevo pasaje de acceso, pero había dejado que los caminos de antes siguieran pareciendo abandonados a fin de que nadie sintiera la tentación de utilizarlos si topaba con ellos. Había sido un buen lugar donde ocultar cosas, como objetos robados y algún que otro cadáver.

Sin embargo, él nunca se había planteado la posibilidad de esconderse allí. Cadia escrutó la galería repleta de cascotes con una mezcla de desaliento y curiosidad. Cery le entregó el farol y señaló en una dirección.

—Unos cien pasos más adelante, verás una rejilla en lo alto de la pared izquierda. Al otro lado, encontrarás un callejón que discurre entre dos casas. Hay unas muescas en la pared de las que podrás agarrarte para subir, y la rejilla debería abrirse hacia dentro. Llama a la puerta de alguno de tus vecinos y avísale que unos maleantes han entrado en tu casa. Si encuentran los cadáveres, diles que son de los delincuentes y que supones que uno de ellos atacó al otro.

—¿Y si no los encuentran?

—Sácalos a rastras hasta los pasadizos, y no dejes entrar a nadie en la bodega hasta que se disipe el olor.

Aunque la cara de Cadia reflejó un asco aún mayor, ella asintió y enderezó la espalda. Cery sintió una oleada de afecto hacia ella por su valentía, y esperó que no topara con otros asesinos o sufriera represalias por haberlo ayudado. Se le acercó y la besó con firmeza.

—Gracias —dijo en voz baja—. Ha sido un placer.

Ella sonrió, y los ojos le brillaron por unos instantes.

—Ten cuidado —le dijo a Cery.

—Siempre lo tengo. Y ahora, vete.

Ella echó a andar apresuradamente. Quedarse para seguirla con la vista mientras se alejaba habría sido un riesgo demasiado grande. Gol encabezó la marcha y Anyi permaneció en la retaguardia mientras avanzaban por los túneles ruinosos. Varios pasos más adelante, sonó un portazo tras ellos. Cery se detuvo y miró hacia atrás.

—¿Cadia? —murmuró Gol—. ¿Eso ha sido la rejilla que se ha cerrado después de que ella saliera a la calle?

—Estamos demasiado lejos para alcanzar a oír eso —dijo Cery.

—No ha sido el golpe de una rejilla contra ladrillos o piedra —musitó Anyi—. Ha sido... algo de madera.

A continuación se oyó un golpeteo, el crujir de ladrillos y piedras pisados por alguien. Un escalofrío le bajó a Cery por la espalda.

—Vamos, deprisa. Pero sin hacer ruido.

Gol alzó su farol, pero a causa de los escombros que cubrían el suelo, apenas podían trotar en algunos trechos. Cery contuvo más de una palabrota, lamentando no haber limpiado un poco mejor los pasadizos. Después de un tramo recto del túnel, Gol soltó una maldición y se detuvo con un patinazo. Al echar la vista por encima del hombro de su corpulento amigo, Cery advirtió que una parte del techo se había derrumbado recientemente y les impedía seguir adelante. Giró sobre sus talones y los tres retrocedieron con paso veloz hacia el último cruce que habían pasado.

Anyi suspiró cuando tomaron otro camino.

—Estamos dejando un rastro.

Cery bajó la mirada y vio las pisadas en la tierra. Su esperanza de que los perseguidores siguieran las huellas hasta el túnel sin salida quedó truncada cuando se percató de que las de Gol conducían ahora al pasadizo lateral, por lo que resultaba evidente que habían vuelto sobre sus pasos.

«Pero si surge otra oportunidad de dejar huellas falsas...»

Sin embargo, no se presentó ninguna. Lo invadió un gran alivio cuando llegaron por fin al pasaje que conducía a la parte principal del Camino de los Ladrones. Se arrepintió una vez más de no haber prevenido la situación en que se encontraba: aunque había disimulado la entrada de los túneles aislados, no había hecho el menor esfuerzo por ocultar la salida a cualquier que explorara el interior.

Una vez que cerraron la puerta tras ellos, examinaron la galería en que se hallaban, que estaba más limpia y mejor cuidada. No había nada que pudieran usar para obstruir la puerta e impedir que sus perseguidores abandonaran los pasadizos antiguos.

—¿Adónde vamos? —preguntó Gol.

—Al sudeste.

Ahora caminaban más deprisa, con la tapa del farol cerrada casi por completo, de modo que solo un fino haz de luz iluminaba el camino. En otra época, Cery habría continuado avanzando a oscuras, pero había oído rumores de que había trampas diseminadas para proteger el territorio de otros ladrones,

instaladas por salteadores con iniciativa o por los misteriosos Slig. Aun así, Gol impuso un ritmo peligrosamente rápido, y a Cery le preocupaba que su amigo no pudiera eludir las amenazas con que se encontrara.

Al poco rato, Cery estaba jadeando, le dolía el pecho y empezaban a flaquearle las piernas. Gol se adelantó un poco, pero unos momentos después aflojó el paso y volvió la vista atrás. Se detuvo para esperar a Cery, pero no suavizó su expresión ceñuda ni reanudó la marcha cuando este lo alcanzó.

—¿Dónde está Anyi?

El vuelco que le dio a Cery el corazón fue doloroso como una puñalada. Giró rápidamente, pero detrás de ellos no vio más que oscuridad.

—Estoy aquí —dijo una voz por lo bajo, y se oyeron unas pisadas suaves antes de que ella emergiera de la penumbra—. Me he parado a escuchar si nos seguían —explicó con el semblante sombrío—. Me temo que sí. Son más de uno. —Agitó la mano mientras se acercaba con rapidez—. ¿A qué esperáis? No les llevamos mucha ventaja.

Cery siguió a Gol, que continuó andando, incluso más deprisa que antes. Aunque el hombretón tomó una ruta tortuosa, no lograron burlar a sus perseguidores, lo que parecía indicar que conocían los pasadizos tan bien como Cery y él. Gol se acercó a los túneles del Gremio, pero estaba claro que quienes los seguían no se sentían lo bastante intimidados por los magos para dejar escapar su presa.

Se aproximaban a la entrada a los túneles que discurrían bajo el Gremio. «No se atreverán a seguirme hasta allí. —A menos que no supieran adónde conducían las galerías—. Si nos siguen, descubrirán que el Gremio no mantiene vigilados sus pasadizos subterráneos. —Lo que significaba que Skellin se enteraría también—. Y entonces no solo no podré volver a huir por allí, sino que tendré que advertir al Gremio. Cegarán los túneles, lo que nos privará de la ruta más segura para llegar hasta Sonea y Lilia.»

Prefería no escapar por los pasadizos del Gremio salvo como último recurso. Si tenía otra alternativa...

A unos veinte pasos largos de la entrada a los pasadizos del Gremio, oyó un sonido procedente de atrás que confirmaba que los asesinos estaban cerca. Demasiado cerca; no habría tiempo de abrir la puerta secreta antes de que les dieran alcance. Cuando Gol aminoró la marcha y se volvió hacia Cery —con las cejas arqueadas en un gesto inquisitivo—, el ladrón lo pasó de largo y tomó un rumbo distinto.

Sí que tenía otra alternativa, una más arriesgada. Incluso era posible que entrañara un peligro mayor que aquel del que huían. Pero al menos sus perseguidores tendrían que enfrentarse a la misma amenaza, si se atrevían a ir tras ellos.

Al comprender lo que Cery pretendía, Gol maldijo entre dientes. Pero no discutió su decisión. Aferró a su amigo del brazo para frenarlo y se situó de nuevo al frente.

—Qué locura —farfulló, encaminándose hacia Ciudad Slig.

Hacía más de una década —casi dos— que varias docenas de golfillos callejeros se habían instalado en los túneles tras la destrucción de su barrio. Al poco tiempo se habían convertido en protagonistas de historias de miedo que se contaban en las casas de bol y a los niños desobedientes para asustarlos. Se rumoreaba que los Slig nunca se exponían a la luz del sol y solo salían de noche, a través de cloacas y sótanos, para robar comida y jugar malas pasadas a la gente. Había quien creía que se habían reproducido y habían engendrado a seres larguiruchos y pálidos con ojos enormes que les permitían ver en la oscuridad. Otros aseguraban que su aspecto era igual al de cualquier otro niño vagabundo, hasta que abrían la boca y dejaban al descubierto sus largos colmillos. En lo que todos estaban de acuerdo era en que adentrarse en territorio Slig era tentar a la muerte. De vez en cuando, alguien desafiaba esa creencia. La mayoría de estas personas desaparecía para siempre, pero unas pocas lograban salir a rastras, sangrando por las puñaladas que les habían infligido agresores silenciosos y ocultos en las sombras.

Los vecinos les dejaban ofrendas en la calle con la esperanza de evitar invasiones subterráneas de sus hogares. Cery, cuyo te-

rritorio coincidía en una esquina con el de los Slig, había encargado a alguien que llevara comida a uno de los túneles cada pocos días, en un saco marcado con un dibujo de un ceryni, el pequeño roedor del que había tomado su nombre.

Hacía tiempo que no comprobaba que continuaran cumpliendo sus órdenes. «Si ya no lo hacen, seguramente no tendré ocasión de castigarlos por ello.»

No tardó en vislumbrar las señales que les advertían que estaban entrando en territorio Slig. Después dejó de verlas. Oía la respiración agitada de Anyi a su espalda. ¿Se habían aventurado los asesinos a seguirlos?

—No te pares —jadeó Anyi cuando él redujo la velocidad para mirar atrás—. Nos... pisan... los talones.

A Cery le faltó el aliento para proferir una palabrota. El aire entraba y salía de sus pulmones con un silbido ronco. Le dolía todo el cuerpo, y las piernas le temblaban mientras él las obligaba a seguir trotando. Hizo un esfuerzo por pensar en el peligro que corría Anyi. Sería la primera víctima de los asesinos si los alcanzaban. Él no podía permitirlo.

Algo lo asió de los tobillos, y Cery cayó hacia delante.

No se dio de bruces con la superficie plana o dura que se imaginaba, sino con algo que resollaba, se mecía y emitía maldiciones apagadas. Era Gol, ahora invisible en la negrura absoluta. Los faroles se habían apagado. Cery rodó hacia un lado.

—Cállate —susurró una voz.

—Ya lo has oído, Gol —ordenó Cery. Gol guardó silencio.

En el pasadizo, tras ellos, unos pasos sonaban cada vez más fuertes. Aparecieron unas luces que se movían, filtradas a través de una cortina de un tejido basto que Cery no recordaba haber visto. «Deben de haberla dejado caer después de que pasáramos por debajo.» Las pisadas se hicieron más lentas hasta detenerse. Se oyó un sonido procedente de otra dirección: más pasos apresurados. Las luces se alejaron mientras sus portadores reanudaban su búsqueda.

Después de una larga pausa, unos suspiros rompieron el silencio. Un escalofrío le recorrió el espinazo a Cery cuando cayó

en la cuenta de que lo rodeaban varias personas. Un fino rayo de luz surgió de uno de los faroles. Lo sujetaba un desconocido.

Cery alzó la vista hacia un joven, que lo miraba con fijeza.

—¿Quién? —preguntó el hombre.

—Ceryni de Ladonorte.

—¿Y estos?

—Mis guardaespaldas.

El hombre enarcó las cejas y luego asintió. Se volvió hacia los demás. Cery miró en torno a sí y vio a otros seis jóvenes, dos de ellos sentados encima de Gol. Anyi estaba agachada en posición de combate, con un cuchillo en cada mano. Los dos jóvenes que la flanqueaban se mantenían a una distancia prudente, aunque daba la impresión de que no dudarían en arriesgarse a recibir un tajo si su líder les ordenaba que la redujeran.

—Guárdalos, Anyi —dijo Cery.

Sin apartar los ojos de ellos, Anyi obedeció. A una señal del líder, los dos hombres se levantaron de encima de Gol, que soltó un gruñido de alivio. Cery se puso de pie, se encaró con el líder y enderezó los hombros.

—Pedimos paso franco.

Los labios del joven se torcieron en una media sonrisa.

—Eso ya no existe. —Se apuntó con el pulgar al pecho—. Wen. —Se dirigió a sus acompañantes—. Conozco su nombre. Es el que deja comida. ¿Qué hacemos?

Intercambiaron miradas y mascullaron palabras que lo hicieron sacudir la cabeza. «¿Matar?» «¿Libre?»

—¿Lombriz? —dijo uno de ellos, y Wen se quedó pensativo. Asintió.

—Lombriz —dijo con aire decidido.

Por algún motivo, esto ocasionó que los otros movieran la cabeza arriba y abajo, aunque Cery no logró distinguir si eran gestos de aprobación o conformidad.

Wen se volvió hacia Cery.

—Vendréis con nosotros. Os llevaremos con Lombriz. —Devolvió su lámpara a Gol y miró a uno de los que se habían sentado encima del hombretón—. Ve a avisar a Lombriz.

El muchacho se alejó con paso rápido hacia la oscuridad que se extendía detrás de Wen. Cuando este giró para seguirlo, Anyi extendió el brazo y arrebató su farol al chico que lo sujetaba. Dos de los jóvenes se apresuraron a unirse a Wen, su líder, y los demás cerraron la marcha.

Nadie habló mientras caminaban. Al principio, Cery no sentía más que un alivio inmenso por el mero hecho de no tener que seguir huyendo, aunque aún le temblaban las piernas y el corazón le latía a toda velocidad. Advirtió que a Gol parecía faltarle el resuello tanto como a él. Conforme recuperaba el aliento, la preocupación se apoderó de él otra vez. Nunca había oído de nadie que hubiera conocido a un Slig llamado Lombriz. A menos que...

«A menos que Lombriz no sea en realidad una persona, sino una criatura que devora a los intrusos.

»Basta —se dijo—. Si nos quisieran muertos, no nos habrían ocultado de nuestros perseguidores. Nos habrían acuchillado a oscuras o nos habrían conducido a un túnel sin salida.»

Tras avanzar durante un rato, una voz surgió de las sombras, ante ellos, y Wen farfulló una respuesta. Al punto, un hombre salió a la luz y el grupo se detuvo. Miró a Cery de hito en hito y asintió.

—Eres Ceryni —dijo, tendiendo la mano—. Yo soy Lombriz.

Cery le ofreció a su vez la mano, sin saber muy bien qué significaba el gesto. Lombriz se la estrechó por un momento, se la soltó y le hizo señas para que se acercara.

—Ven conmigo.

A esto siguió otro trecho a pie. Cery notó que el ambiente era cada vez más húmedo, y de cuando en cuando se oía un murmullo de agua que corría al final de un pasaje lateral o detrás de las paredes. Llegaron a una sala amplia y sombría, inundada por el rumor de un torrente, y todo cobró sentido.

Los rodeaba un bosque de columnas, cada una de las cuales se ramificaba en lo alto para formar un arco de ladrillo que la unía a la columna vecina. La red en su conjunto componía una bóveda baja que recordaba un tejido drapeado o una tela de

farén. Debajo, en vez del suelo, se extendía la superficie reflectante del agua. Ahora su guía caminaba por lo que parecía la parte superior de un muro grueso. El agua fluía a ambos lados. Debido a la oscuridad, costaba determinar su profundidad.

Por fortuna, el camino estaba seco y no resultaba resbaladizo en absoluto. Al volver la vista atrás, Cery vio que la corriente se internaba en unos túneles que, a juzgar por la inclinación de su techo, descendían aún más por debajo de la ciudad. A derecha e izquierda vislumbró otros muros que sobresalían del agua, demasiado lejanos para alcanzarlos de un salto. La única iluminación procedía de los faroles que llevaban.

El líquido en sí estaba sorprendentemente libre de objetos flotantes. Solo alguna que otra mancha aceitosa pasaba por su lado, y casi todas olían a jabón y perfume. Sin embargo, algunas partes de las paredes estaban cubiertas de moho, y se respiraba una humedad malsana en el aire.

Un grupo de luces apareció más adelante, y Cery pronto distinguió una especie de plataforma grande tendida entre dos de los muros. Había varias personas sentadas en ella, y un leve rumor de voces resonaba en la enorme sala. Al otro lado de la plataforma, Cery entrevió unos círculos oscuros en una zona más clara, y al cabo de un momento logró discernir suficientes detalles para comprender que se trataba de otros túneles, excavados a mayor altura, que vertían sus aguas en el gigantesco depósito subterráneo.

Sus pasos hicieron crujir la plataforma cuando la cruzaron en pos de Lombriz. Al fijarse en las personas, Cery se percató de que ninguna de ellas contaba más de veinticinco años. Dos de las mujeres jóvenes tenían bebés en brazos, y un niño pequeño estaba atado con una cuerda a la columna más cercana, seguramente para que no correteara cerca del borde de la plataforma y se cayera al agua. Todos observaron a Cery, Gol y Anyi con ojos muy abiertos y llenos de curiosidad, pero ninguno de ellos abrió la boca.

Lombriz echó una mirada a Cery e hizo un gesto en dirección a los conductos de desagüe.

—Esto viene de los baños del Gremio —dijo—. Más al sur están las alcantarillas, y los túneles del norte son cloacas y también sumideros de las cocinas. Pero aquí el agua es más limpia.

Cery asintió. No era un mal lugar para vivir, si a uno no le importaba estar bajo tierra en una atmósfera permanentemente cargada de humedad. Al mirar hacia los lados divisó otras plataformas, pobladas también por Slig, y puentes estrechos que las conectaban entre sí.

—No tenía idea de que aquí había todo esto —reconoció.

—Justo delante de tus narices. —Lombriz sonrió, y Cery cayó en la cuenta de cuánta razón tenía el hombre. Aquella zona del territorio Slig se extendía por debajo del suyo. Cery se volvió hacia Lombriz.

—Tu gente nos ha ocultado de unas personas que querían matarnos —declaró—. Gracias. No habría entrado en tus dominios de haber tenido otra opción.

Lombriz ladeó la cabeza.

—¿Los túneles del Gremio no?

«Así que sabe que tengo acceso a ellos.» Cery negó con la cabeza.

—Eso habría significado revelárselos a mis enemigos. Tendría que avisar de ello al Gremio, y ellos tomarían unas medidas que seguramente no me gustarían. Supongo que tampoco os haría mucha gracia que bajaran a fisgonear por aquí.

—No —dijo el hombre, arqueando las cejas. Se encogió de hombros y suspiró—. Si dejáramos que el que envió a los cazadores a por ti te encontrara, nos encontraría también a nosotros. En cuanto se quede con lo tuyo, nada le impedirá quedarse con lo nuestro.

Cery contempló a Lombriz, pensativo. Los Slig estaban mucho más informados de lo que ocurría en el mundo exterior de lo que Cery había imaginado. Tenían razón respecto a Skellin. Tan pronto como se adueñara del territorio de Cery, querría apoderarse del de los Slig también.

—O Skellin o yo. Menuda elección —comentó Cery.

Lombriz sacudió la cabeza con el ceño fruncido.

—Él no nos dejará en paz como haces tú. —Señaló los túneles con la barbilla—. Querrá controlarlos porque quiere controlar el lugar adonde conducen.

«El Gremio.» Cery se estremeció. ¿Era una suposición inteligente por parte del líder Slig, o estaba al corriente de los planes concretos de Skellin? Abrió la boca para preguntárselo, pero Lombriz clavó la vista en él.

—Te enseño esto para que lo sepas. Pero no podéis quedaros —aseveró—. Os llevaremos fuera, a un sitio seguro, pero eso es todo.

Cery movió la cabeza afirmativamente.

—Es más de lo que esperaba —contestó, en un tono que expresaba toda su gratitud.

—Si tienes que volver, di mi nombre y vivirás, pero te llevaremos fuera otra vez.

—Entiendo.

Lombriz sostuvo la mirada de Cery por unos instantes más y asintió.

—¿Adónde queréis ir?

Cery se volvió hacia Anyi y Gol. Su hija parecía preocupada, y Gol, pálido y agotado. ¿Adónde podían ir? Les quedaban pocos favores por cobrarse, y no conocían ningún lugar cercano en el que refugiarse. No tenían aliados fiables o a los que pudieran arriesgarse a poner en peligro. Excepto una. Cery devolvió su atención a Lombriz.

—Llevadnos de vuelta por donde hemos venido.

El hombre conferenció brevemente con los jóvenes que habían rescatado a Cery y a sus acompañantes. Indicó a estos últimos que los siguieran; a continuación, sin una palabra de despedida, se alejó. Cery supuso que era una costumbre Slig y dio media vuelta también.

Salieron del territorio Slig a paso más tranquilo, y Cery se sintió agradecido por ello. Ahora que tanto el miedo como el alivio habían quedado atrás, estaba cansado. El pesimismo se apoderó de él. Gol también arrastraba los pies. Anyi por lo menos tenía a su favor el aguante de la juventud. Cery empezó a

reconocer las paredes que los rodeaban, y de pronto sus guías Slig se desvanecieron en las sombras. El farol que llevaba Cery chisporroteó y se apagó al quedarse sin aceite. Gol no protestó cuando Cery le quitó su lámpara y los condujo hacia la entrada a los túneles del Gremio.

Una vez que todos habían pasado y que la puerta volvía a estar cerrada, Cery notó que buena parte de la tensión y el temor se disipaba. Por fin estaban a salvo. Se volvió hacia Anyi.

—Bueno, ¿dónde está ese cuarto en el que te ves con Lilia?

Ella cogió el farol y guió a Gol y a su padre por la galería larga y recta. Después de torcer hacia un lado, llegaron a un complejo de habitaciones conectadas entre sí por pasillos tortuosos. A Cery le vino a la memoria el recuerdo desagradable de cuando lord Fergun lo había encerrado en la oscuridad, y un repeluzno le bajó por la espalda. Pero estas habitaciones eran distintas: más antiguas y con una disposición deliberadamente caótica. Anyi los llevó a una sala limpia de polvo, con unas cajas de madera a modo de muebles y un montón de cojines raídos sobre los que sentarse. En un extremo había una chimenea tabicada. Ella dejó el farol en el suelo y encendió varias velas en hornacinas excavadas en las paredes.

—Aquí lo tienes —dijo—. Habría traído más muebles, pero no podía cargar con cosas pesadas ni quería llamar la atención.

—No hay camas. —Gol se dejó caer con un gruñido sobre una de las cajas. Cery sonrió a su viejo amigo.

—No te preocupes. Ya nos las apañaremos.

Sin embargo, la mueca de dolor de Gol no se suavizó. Cery arrugó el ceño al reparar en que tenía las manos debajo de la camisa y se apretaba con ellas un costado. Entonces vio la mancha oscura que relucía a la luz de las velas.

—¿Gol...?

El hombretón cerró los ojos y se bamboleó.

—¡Gol! —exclamó Anyi, plantándose a su lado casi al mismo tiempo que Cery. Sujetaron a Gol antes de que se cayera de la caja. Anyi arrastró varios cojines hacia él—. Recuéstate —ordenó—. Déjame echar un vistazo a eso.

Cery no podía hablar. El miedo le había paralizado la mente y la garganta. La asesina debía de haber herido a Gol durante la pelea, o tal vez antes de que él despertara, y Cery solo lo había visto parar la segunda puñalada.

Anyi obligó a Gol a bajar de la caja y tenderse sobre los cojines, le apartó la mano y retiró la camisa para revelar un corte pequeño en el vientre que sangraba lentamente.

—Llevas así todo este rato. —Cery meneó la cabeza—. ¿Por qué no habías dicho nada?

—No era tan grave. —Gol se encogió de hombros y se le crispó el rostro—. Ha empezado a dolerme cuando estábamos hablando con Lombriz.

—Pues se nota que ahora te duele —señaló Anyi—. ¿Crees que la herida es muy profunda?

—No mucho. No lo sé. —Gol tosió, dolorido.

—Podría ser peor de lo que parece. —Anyi se puso en cuclillas y alzó la mirada hacia Cery—. Voy a buscar a Lilia.

—No... —protestó Gol.

—Solo faltaban unas horas para el amanecer cuando salimos de casa de Cadia —le dijo Cery—. Es posible que Lilia ya esté en la universidad.

Anyi asintió.

—Es posible. Solo hay una manera de averiguarlo. —Lo miró, arqueando una ceja con aire inquisitivo.

—Ve —la autorizó él.

Ella tomó la mano de su padre y la colocó sobre la herida del hombretón, haciendo fuerza. Gol soltó un quejido.

—Mantén la presión y...

—Ya sé lo que tengo que hacer —la interrumpió Cery—. Si no la localizas allí, al menos consigue una tela limpia que podamos usar como venda.

—Hecho —respondió ella, recogiendo el farol.

Se alejó a toda prisa en la oscuridad hasta que el sonido de sus pasos se apagó.

2

Convocados

—¿Llevo el anillo de sangre de mi madre? —preguntó Lorkin cuando Dannyl entró por la puerta abierta en sus aposentos de la Casa del Gremio.

Dannyl bajó la vista hacia el anillo que Lorkin sostenía en la mano, una esfera de vidrio rojo engastada en una montura de oro. «Si algo saliera mal durante esta reunión con el rey de Sachaka, sería conveniente que ambos tuviéramos un medio de comunicarnos con el Gremio —pensó—. Por otro lado, si las cosas se torcieran hasta ese punto, encontrarían los anillos de sangre de los dos, nos los quitarían y podrían utilizarlos como instrumentos de tormento y distracción contra Osen y Sonea.»

Esa era la limitación de las gemas de sangre; transmitían los pensamientos del portador al mago cuya sangre se había utilizado para elaborarlas. El inconveniente residía en que el creador no podía dejar de percibir los pensamientos del portador, lo que resultaba especialmente desagradable si alguien lo torturaba.

Era lo que uno de los desterrados sachakanos —también llamados ichanis— que habían invadido Kyralia veinte años atrás le había hecho a Rothen, su viejo amigo y mentor. El hombre había capturado a Rothen, pero, en vez de matarlo, había fabricado una gema a partir de su sangre y se la había puesto a cada una de sus víctimas a fin de bombardear a Rothen con un torrente de sensaciones de kyralianos aterrorizados y agonizantes.

¿A quién afectaría más que se apoderaran de su anillo, a la Maga Negra Sonea o al administrador Osen? Dannyl se estremeció cuando le vino a la mente la respuesta más obvia.

—Déjalo —aconsejó—. Yo llevaré el anillo de Osen. Dame el de Sonea y lo esconderé, por si te leen la mente y se enteran de su existencia.

Lorkin miró a Dannyl con una expresión extraña y medio irónica.

—No te preocupes, no me leerán nada —aseveró.

Dannyl contempló al joven mago, sorprendido.

—¿Sabes cómo...?

—Dentro de ciertos límites. No tuve tiempo de aprender a engañar a quien trate de leerme el pensamiento, una habilidad que poseen los Traidores. Si alguien lo intenta conmigo, no lo conseguirá, pero notará que se lo estoy impidiendo.

—Espero que no llegue a darse esa situación —dijo Dannyl. Retrocedió un paso hacia la puerta—. Voy a esconder esto. Nos vemos en la sala maestra.

Lorkin asintió.

Dannyl regresó con paso rápido a sus aposentos y, tras ordenar al esclavo que se retirara y no dejara entrar a nadie, buscó un lugar donde guardar la gema. «¡Lorkin sabe cómo bloquear una lectura mental! —El ashaki Achatí, el consejero del rey con quien Dannyl había entablado amistad desde su llegada a Arvice, había dicho que los Traidores tenían un sistema para ello. ¿Cómo, si no, evitaban los espías disfrazados de esclavos que los descubrieran?—. Me pregunto qué otras cosas no me ha contado Lorkin. —Lo acometió un sentimiento de frustración. Desde que había vuelto a Arvice, Lorkin se había mostrado reacio a hablar de la sociedad rebelde con la que había convivido durante los últimos meses. Dannyl era consciente de que a su ex ayudante le habían confiado secretos que no podía revelar sin poner muchas vidas en peligro—. Pero da la impresión de que su lealtad está más con ellos que con el Gremio y con Kyralia.»

El joven mago había vuelto a vestir con túnica, lo que indi-

caba claramente que aún se consideraba un mago del Gremio, a pesar de que, cuando se había encontrado con Dannyl en las montañas, le había dicho que el Gremio debía actuar como si él ya no fuera un miembro.

Las patas del baúl de viaje de Dannyl estaban talladas de modo que parecieran tocones de árbol, con una corteza áspera y retorcida. Dannyl se había valido de la magia para desprender un segmento de una de las curvas y practicar un pequeño hueco detrás, por si algún día tenía que esconder el anillo de Osen. Aflojó la pieza suelta, introdujo el anillo de Sonea en el agujero y la colocó de nuevo en su sitio. A continuación, se encaminó hacia la sala maestra, la parte de una casa sachakana tradicional donde el cabeza de familia recibía y agasajaba a los invitados.

El Gremio nunca había declarado oficialmente que Lorkin ya no perteneciera a él, a pesar de la situación incómoda que esto había provocado entre Sachaka y Kyralia. Los magos superiores no solo querían ahorrarle a Sonea el dolor que le habría ocasionado semejante medida, sino también evitar dar la sensación de que se daban por vencidos fácilmente en la búsqueda de magos díscolos. Sin embargo, habían corrido el riesgo de que su inacción fuera interpretada como una señal de que el Gremio aprobaba la relación de Lorkin con los rebeldes, lo que habría generado aún más tensión entre las Tierras Aliadas y el rey de Sachaka.

El regreso a Arvice quizá habría aliviado aquella tensión, de no ser porque el rey sachakano estaba ansioso por saber qué había averiguado Lorkin sobre sus enemigos. Estaba a punto de llevarse un chasco.

En cuanto se le comunicó que el joven mago había vuelto, el rey Amakira había dictado la prohibición de que Lorkin saliera de la ciudad. Dannyl había supuesto que el joven sería llamado a palacio poco después, pero habían transcurrido varios días y no habían recibido más noticias. Sin duda el rey había estado consultando a sus consejeros.

«Entre ellos el ashaki Achatí, a juzgar por su ausencia.»

El consejero no le había hecho visitas ni enviado mensa-

jes desde el día en que Dannyl, Tayend y él habían llegado a casa de su viaje de investigación a Dunea. Al recordar la expedición, Dannyl notó que la rabia crecía en su interior. Tayend había manipulado a Achatí para que le permitiera acompañarlos, y luego había impedido de forma deliberada y artera que Dannyl y Achatí se hicieran amantes.

«Es curioso, pero esto ha alimentado mis ganas de estar con él, pese a que antes de partir estaba lleno de dudas por las posibles consecuencias políticas de esa relación.»

Aunque los motivos de Tayend para interferir fueran los mismos que habían dado lugar a las dudas de su ex amante, y aunque en las circunstancias actuales un amorío con Achatí con toda seguridad acarrearía problemas, a Dannyl no le resultaba fácil perdonar a Tayend por haberse interpuesto.

Dannyl no podía evitar desear que la situación de Lorkin fuera lo único que mantenía alejado a Achatí, y que este no hubiera renunciado a él.

Tampoco podía evitar sentir una punzada de culpabilidad. Aunque se convirtiera en amante de Achatí, siempre habría secretos que tendrían que ocultarse el uno al otro. Secretos como la propuesta de los dúneos de establecer una alianza o un acuerdo comercial con el Gremio. El asunto prácticamente había quedado olvidado desde el retorno de Lorkin. En otra época, el Gremio habría acogido con entusiasmo la oportunidad de adquirir una nueva forma de magia, pero la posibilidad de cerrar un trato similar con los Traidores, unos aliados potenciales más poderosos, había eclipsado la propuesta.

Dannyl no sabía con exactitud qué mensaje habían pedido los Traidores a Lorkin que transmitiera al Gremio. Osen había decidido que lo mejor era no informar de ello a Dannyl, por si se daba el caso improbable de que le leyeran la mente. El embajador de Kyrália frunció el ceño. «Sin duda Osen sabe que Lorkin puede bloquear la lectura mental. Lorkin no me desvelará nada que no le haya contado ya a Osen.»

Cuando llegó a la sala maestra, vio que Lorkin ya se encontraba allí. Tayend, lady Merria, la ayudante de Dannyl, y él es-

taban sentados en taburetes, conversando en voz baja. Se pusieron de pie en cuanto Danyl entró.

—¿Listo? —le preguntó este a Lorkin, que asintió.

Tayend posó la vista en el joven mago con expresión seria.

—Buena suerte.

—Gracias, embajador —respondió Lorkin.

—Los dos hemos preguntado a nuestros amigos sachakanos qué creen que hará el rey —añadió Tayend, mirando fugazmente a Merria—. Nadie se atreve a hacer pronósticos, pero todos esperan que el monarca no tome una decisión que disguste a las Tierras Aliadas.

—¿Y creen que debería romper mi promesa y revelarlo todo sobre los Traidores? —inquirió Lorkin.

—Sí —respondió Tayend con mala cara.

Merria asintió como para corroborarlo.

Los labios de Lorkin se curvaron en una sonrisa breve.

—No me sorprende demasiado. —Pese a su aparente buen humor, tenía un brillo de determinación en los ojos que de pronto recordó a Danyl a la Maga Negra Sonea. Al pensar en lo testaruda que era la madre de Lorkin cuando tenía su edad, dejó de parecerle tan terrible la perspectiva de que el joven tuviera que afrontar las preguntas y la intimidación del rey de Sachaka. «Esperemos que no pase de la intimidación.»

—Tú también ten cuidado —dijo Merria.

Cuando Danyl se percató de que la frase iba dirigida a él, parpadeó, sorprendido. Ella había estado echándole miradas sombrías desde que había regresado, dándole a entender que no lo había perdonado por no dejar que lo acompañara a Dunea. No estaba seguro de cómo reaccionar a su muestra de inquietud, sobre todo porque no quería pensar en lo que le ocurriría a él si la situación empeoraba.

—No te preocupes por mí —le dijo—. Por nosotros —se corrigió. Tayend contemplaba a Danyl con una ansiedad evidente en la que Danyl tampoco quería pensar, por lo que se volvió hacia el pasillo que conducía a la salida de la Casa del Gremio—. Bueno, no hagamos esperar al rey.

—No —convino Lorkin en voz baja.

Dannyl fijó la vista en Kai, que ahora era su esclavo personal. Merria se había enterado por boca de sus amigas de que un ardid típico de los esclavos consistía en cambiar de tarea a menudo, pues al amo le resultaba más difícil averiguar a quién debía castigar por un error concreto si había muchos culpables posibles. Cuantos más esclavos viera un amo, más le costaría recordar sus nombres, lo que también dificultaba la aplicación de castigos.

Merria había exigido que cada ocupante de la Casa del Gremio tuviera uno o dos esclavos que se dedicaran exclusivamente a atender a las necesidades de sus amos respectivos. Sin embargo, aunque esta solución era lo más parecido a tener un criado, también presentaba inconvenientes. Los criados hacían preguntas. Los criados advertían al patrón si algo era imposible o difícil de conseguir. Los criados no se postraban en el suelo cada vez que uno llegaba a su presencia. Pese a que Dannyl había tenido algunos sirvientes irritantemente insolentes a lo largo de los años, prefería esto a la incomodidad de la obediencia incondicional.

—Avisa a los esclavos cocheros que estamos listos, Kai —le pidió Dannyl.

Kai se adelantó a toda prisa. Dannyl guió a Lorkin por el pasillo hasta la puerta principal. Cuando salieron, la intensa luz del sol deslumbró al embajador, que se colocó la mano a modo de visera. El cielo estaba azul y despejado, y se percibía en el aire un calor y una sequedad que en Kyralia él habría relacionado con la llegada del verano. No obstante, solo estaban a principios de primavera. Como de costumbre, los esclavos echaron cuerpo a tierra. Dannyl les ordenó que se levantaran, y él y Lorkin subieron al carruaje que los esperaba.

Viajaron en silencio. Dannyl repasó en su mente todo lo que Osen le había indicado que dijera y se abstuviera de decir. Deseó estar mejor informado sobre los planes de Lorkin y el Gremio. Lo incomodaba no saber toda la verdad. Antes de lo que esperaba, el coche enfiló la avenida ancha y bordeada de árbo-

les que llevaba al palacio y se detuvo frente al edificio. Los esclavos se descolgaron del vehículo y abrieron la portezuela.

Dannyl se apeó y aguardó a que Lorkin bajara también.

—Qué bonito —comentó Lorkin, admirando la construcción. «Claro, es la primera vez que ve el palacio», pensó Dannyl. Alzó la mirada hacia las paredes blancas y curvas, y la rutilante cúpula dorada que apenas sobresalía por encima, y recordó cuánto lo había impresionado su primera visita. Ahora estaba demasiado angustiado ante la audiencia con el rey para maravillarse.

Devolvió su atención a la entrada y guió a Lorkin hacia el interior. Avanzaron con grandes zancadas por el amplio pasillo, pasaron entre los guardias y llegaron a una estancia enorme y repleta de columnas: la sala maestra del rey. A Dannyl se le aceleró el pulso cuando vio a mucha más gente que en sus entrevistas anteriores con el monarca. En vez de grupos de dos o tres personas aquí y allá, había una pequeña multitud. A juzgar por sus chaquetas cortas profusamente adornadas y la seguridad en sí mismos que rezumaban, en su mayoría eran ashakis. Dannyl hizo un cálculo rápido. «Cincuenta, más o menos.»

Al tomar conciencia de que estaba rodeado por tantos magos negros, un escalofrío desagradable le bajó por el espinazo. Se concentró en mantener el rostro impassible y en caminar con dignidad, esperando que su intento de disimular el miedo no fuera inútil.

El rey Amakira estaba sentado en su trono. Pese a su avanzada edad, parecía tan tenso y alerta como los sachakanos más jóvenes de la sala. No despegó los ojos de Lorkin hasta que Dannyl se detuvo e hincó una rodilla en tierra.

—En pie, embajador Dannyl —dijo el soberano.

Dannyl se irguió y resistió el impulso de mirar a Lorkin, que debía permanecer arrodillado hasta que se le ordenara lo contrario. El rey había clavado una mirada penetrante en el joven mago.

—En pie, lord Lorkin.

Lorkin se enderezó, miró al monarca y bajó la vista cortésmente.

—Bienvenido de nuevo —dijo el rey.

—Gracias, majestad.

—¿Te has recuperado de tu viaje a Arvice?

—Sí, majestad.

—Me alegra oír eso. —El rey se volvió hacia Dannyl, y una especie de sarcasmo frío asomó a sus ojos—. Embajador, me gustaría que Lorkin me relatara toda su historia, desde que se marchó de Arvice hasta su vuelta, pasando por el período en que vivió con los Traidores.

Dannyl asintió.

—Contaba con que así lo pidierais, majestad —respondió, forzando una sonrisa. Fijó los ojos en Lorkin—. Refiérole todo lo que me has contado a mí, lord Lorkin.

El joven mago miró a Dannyl con expresión divertida, casi de reproche, antes de volverse de nuevo hacia el rey. El embajador contuvo las ganas de sonreír. «Si les cuenta lo mismo que a mí, no les revelará gran cosa.»

—La noche que me marché de la Casa del Gremio —comenzó Lorkin—, una esclava se metió sigilosamente en mi cama e intentó matarme. Me salvó otra esclava que me convenció de que si no me iba con ella enviarían a otros asesinos a terminar el trabajo. Mi salvadora, como sin duda ya habréis adivinado, no era en realidad una esclava, sino una Traidora.

»Me explicó que la comunidad a la que pertenecía se había fundado antes de la guerra Sachakana, cuando varias mujeres se vieron impulsadas a unirse por los malos tratos que recibían por parte de la sociedad de Sachaka. La guerra las obligó a retirarse a las montañas, donde dieron origen a un pueblo nuevo que rechazaba la esclavitud y la desigualdad entre hombres y mujeres.

—Están gobernados por mujeres —lo interrumpió el rey—. ¿Dónde está la igualdad en eso?

Lorkin se encogió de hombros.

—No es un sistema perfecto, pero aun así es mucho más justo que los otros que he conocido o de los que he oído hablar.

—Entonces, ¿estuviste en su base?

—Sí. Era el lugar más seguro al que podíamos ir, ya que los asesinos seguían buscándome.

—¿Serías capaz de localizarlo?

Lorkin sacudió la cabeza.

—No. Me habían vendado los ojos.

El rey entornó los párpados.

—¿De qué tamaño es su base? ¿Cuántos Traidores hay allí?

—Pues... en realidad, no sabría decíroslo.

—¿No sabes o no quieres?

—Debido a las características del lugar, no era fácil contar a la gente que vivía allí.

—Haz un cálculo aproximado, de todos modos.

Lorkin extendió las manos a sus costados.

—Más de cien.

—¿Conseguiste formarte una idea de su fuerza de combate?

Lorkin negó con la cabeza una vez más.

—Nunca los vi luchar. Algunos de ellos son magos. Eso ya lo sabéis. No puedo facilitaros información sobre su número, su poderío militar o su grado de entrenamiento.

Un movimiento entre los ashakis cercanos al trono captó la atención de Dannyl, y el corazón le dio un vuelco cuando reconoció a Achatí. El hombre lo miró a los ojos por unos instantes, pero su expresión solo reflejaba ensimismamiento. Se inclinó hacia el soberano y murmuró algo. El rey no apartó la mirada de Lorkin, pero bajó las cejas ligeramente.

—¿Qué hiciste mientras estabas con los Traidores? —inquirió.

—Ayudé a atender a sus enfermos.

—¿Confíaron en que tú, un extranjero, los curarías?

—Sí.

—¿Les enseñaste algo?

—Algunas cosas. Y aprendí otras.

—¿Qué les enseñaste?

—Varios remedios nuevos, y ellos me enseñaron unos cuantos a mí, aunque algunos requieren plantas que no crecen en Kyrália.

—¿Por qué te marchaste de allí?

Lorkin se quedó callado por un momento, pues claramente no esperaba que le hicieran aquella pregunta tan pronto.

—Porque quería regresar a mi hogar.

—¿Por qué no te fuiste antes?

—Por lo general, no dejan marchar a los extranjeros, pero en mi caso hicieron una excepción.

—¿Por qué?

—No tenían motivos para impedírmelo. Como no había descubierto nada importante, no podía divulgar nada importante. Cuando partí, se aseguraron de que jamás pudiera encontrar el camino de vuelta hacia allí.

El rey lo contempló con aire pensativo.

—Aun así, conoces la base de los Traidores mucho mejor que cualquier otra persona que no sea uno de ellos. Es posible que haya detalles cuya relevancia no comprendes. Esos rebeldes representan una amenaza para este país, y quizá un día la representen también para otros países de la zona, incluido el tuyo. ¿Accedes a someterte a una lectura mental?

Lorkin se quedó inmóvil. Reinaba un silencio absoluto en la sala cuando abrió la boca para responder.

—No, majestad.

—Le encomendaré la labor a mi lector mental más hábil. No rebuscará en tus pensamientos, pero dejará que le presentes tus recuerdos.

—Os lo agradezco, pero estoy obligado a proteger los conocimientos que me impartió el Gremio. No me queda otra opción que negarme.

El monarca desplazó la mirada hacia Danyl, con una expresión indescifrable.

—Embajador, ¿está dispuesto a obligar a lord Lorkin a colaborar con un lector mental?

Danyl respiró hondo.

—Con el debido respeto, majestad, no puedo. Carezco de la autoridad necesaria para ello.

El rey frunció el entrecejo.

—Pero tiene un anillo de sangre que le permite comunicarse con el Gremio. Póngase en contacto con ellos. Encárguese de que quienquiera que posea la autoridad necesaria le dé la autorización.

Dannyl se disponía a protestar, pero cambió de idea. Debía mostrarse complaciente. Llevó la mano al interior de su túnica, extrajo el anillo de Osen del bolsillo y se lo puso en el dedo.

¿Osen?

Dannyl, fue la respuesta inmediata. El administrador había prometido que procuraría no estar ocupado mientras se celebrara la audiencia con el rey de Sachaka, y Dannyl no detectó el menor signo de sorpresa ante su comunicación.

Quieren que el Gremio ordene a Lorkin que se someta a una lectura mental.

Ah. Era de esperar. No creen una palabra de lo que dice.

¿Qué les contesto?

Que Merin es el único que tiene autoridad para ordenarlo, y que solo se planteará la posibilidad cuando haya entrevistado a Lorkin en persona y en privado.

Dannyl se estremeció. El rey de Kyralia solo podía expresar con mayor claridad su voluntad si abandonaba la formalidad y exigía a Amakira que enviara a Lorkin de vuelta.

¿Algo más?

Por el momento, no. Veamos qué responde Amakira a eso.

Dannyl se quitó el anillo y, sujetándolo en una mano, alzó la vista hacia el rey de Sachaka y le comunicó el mensaje de Osen.

Amakira observó a Dannyl durante lo que pareció un rato muy, muy largo. Por fin se movió, después de que los músculos de la mandíbula se le tensaran, dejando traslucir la ira que el mensaje había despertado en él.

—Eso es inoportuno —murmuró— y me obliga a preguntarme si debería dejar a un lado los esfuerzos de colaboración entre nuestras naciones para proteger la mía, o al menos aménorar mis esfuerzos para que sean equivalentes a los de Kyralia. —Frunció los labios y miró a dos de los ashakis—. Tengan la bondad de acompañar a lord Lorkin al calabozo.

Lorkin dio un pequeño paso hacia atrás y se detuvo. Cuando los dos ashakis se acercaron, Dannyl se dirigió al frente.

—¡Protesto, majestad! —exclamó—. En nombre de las Tierras Aliadas os pido que respetéis el acuerdo...

—O lord Lorkin va al calabozo, o el embajador Dannyl se marcha de Sachaka y lord Lorkin acaba en el calabozo de todas formas —advirtió el rey en voz lo bastante alta para ahogar las palabras de Dannyl.

Deja que se lo lleven.

Dannyl estuvo a punto de soltar un grito de sorpresa al oír la voz en su cabeza. Se percató de que tenía el anillo agarrado con fuerza, de modo que la gema le tocaba la piel y transmitía sus pensamientos a Osen.

¿Estás seguro?

Sí, respondió el administrador. *Albergábamos la esperanza de que esto no ocurriera, desde luego, pero si tenemos que perder a Lorkin, preferimos que no te expulsen de Sachaka. Vuelve a la Casa del Gremio y empieza a presionar a Amakira para que libere a Lorkin. Haremos todo cuanto esté en nuestra mano desde aquí.*

A Dannyl se le cayó el alma a los pies cuando los dos ashakis pasaron junto a él y se apostaron a cada lado de Lorkin. El joven mago parecía resignado e inquieto, pero cuando clavó la vista en los ojos de Dannyl, consiguió esbozar una sonrisa lánguida.

—Estaré bien —aseguró, y dejó que los dos hombres lo escoltaran fuera de la sala.

Dannyl devolvió su atención al rey.

—Encerradlo si lo estimáis necesario, majestad, pero no le hagáis daño —advirtió—, o las posibilidades de establecer un pacto de paz entre las Tierras Aliadas y Sachaka en el futuro se verán muy reducidas. Sería una verdadera lástima.

Amakira le sostuvo la mirada con firmeza, pero cuando habló, su voz sonó más suave.

—Regrese a la Casa del Gremio, embajador. Esta reunión ha llegado a su fin.

Antes incluso de abrir los ojos, Sonea sabía que era demasiado temprano para despertarse. Se volvió hacia la persiana que cubría la ventana de su alcoba y frunció el ceño al ver que la luz del alba se reflejaba en la pared del otro lado. La claridad del amanecer, que siempre tenía una cualidad que la distinguía del crepúsculo, le indicaba que había dormido un par de horas.

Un golpe en la puerta de la sala principal le reveló por qué estaba despierta.

Con un gruñido, se tapó los ojos con los brazos y esperó. Todas las mañanas, salvo en los dialibres, el Mago Negro Kallen pasaba por allí para acompañar a Lilia a sus clases. Por lo general, la aprendiz se preparaba para su día en la universidad de forma lo bastante silenciosa para no despertar a Sonea. En cambio, Kallen había tardado un tiempo en comprender que debía llamar a la puerta con suavidad, después de que Sonea le comentara varias veces, a modo de indirecta, que solía trabajar en el turno de noche.

Por lo visto, aquella mañana lo había olvidado.

Los golpes sonaron de nuevo, aún más fuertes. Sonea gruñó de nuevo. ¿Por qué no abría la puerta Lilia? Suspirando, echó las mantas a un lado y se levantó con un gran esfuerzo. Se alisó el cabello con las manos, cogió una sobretúnica y se la puso descuidadamente sobre la ropa de dormir. Salió a la sala principal, se dirigió hacia la puerta y proyectó un poco de magia para hacer girar el pomo.

Cuando la puerta se abrió hacia dentro, un Kallen ceñudo alzó la vista hacia ella, y sus cejas se frunció aún más. Bajó fugazmente la mirada hacia la sobretúnica de Sonea antes de posarla de nuevo en sus ojos, sin cambiar de expresión.

—Buenos días, Maga Negra Sonea —saludó—. Lamento molestarla. ¿Está aquí Lilia?

Sonea se volvió hacia la puerta cerrada de la habitación de Lilia, al fondo de la sala, y se encaminó hacia allí. Llamó sua-

vemente, luego con más fuerza, y finalmente la abrió. No había nadie en el dormitorio. Sin embargo, la cama estaba hecha, lo que evidenciaba que Jonna, la tía y sirvienta de Sonea, había estado allí y se había ido.

—No —dijo cuando regresó frente a la puerta principal—. Y no, no sé dónde está. En cuanto lo sepa, le avisaré.

—Gracias. —Aunque visiblemente disgustado, Kallen asintió y se alejó.

Tras cerrar la puerta, Sonea echó a andar otra vez hacia la habitación y se detuvo. No era normal que Lilia estuviese ausente por la mañana. Aunque no tenía un carácter conflictivo o problemático, era necesario vigilarla, pues había demostrado su propensión a dejarse llevar por mal camino.

«Aunque quizá no sea tan propensa como antes. Al fin y al cabo, si tu amiga más íntima te convence de que aprendas magia negra para luego incriminarte por un asesinato cometido por ella, supongo que empiezas a pensártelo dos veces antes de confiar en alguien.» Y eso no era todo: Lilia había descubierto que Lorandra, la maga renegada a quien había ayudado a fugarse de la cárcel, pretendía devolverle el favor entregándosela a su hijo Skellin, ladrón de siniestra fama, a fin de que la joven le enseñara magia negra.

Si bien Sonea confiaba en que Lilia no se metería en apuros graves por su voluntad, podía encontrarse en dificultades sin quererlo. Sonea también estaba obligada a fingir que vigilaba a los otros magos negros. Aunque no era la tutora oficial de Lilia —responsabilidad que correspondía a Kallen—, el hecho de que alojara a la chica en sus aposentos había dado a todos la impresión de que la había tomado a su cargo.

Sonea paseó la mirada por la habitación y vio una esquina de un papel que asomaba por debajo de una jarra de agua en la mesilla. Atravesó la alcoba y lo cogió.

Me he ido temprano para ver a una amiga. Dile al MNK que iré directamente a clase desde allí. Lilia.

Sonea suspiró y puso los ojos en blanco, pero la exasperación se le pasó enseguida. El mensaje seguramente no iba dirigido a ella, sino a Jonna. O la criada lo había pasado por alto, o no había podido esperar a que llegara Kallen. O tal vez lo había buscado pero no había dado con él.

La amiga era sin duda Anyi, que había salvado a Lilia de caer en manos de Skellin. Como Anyi era la hija de Cery, Sonea no estaba muy convencida de que la joven no descarriaría a Lilia de algún modo.

«Cery no permitiría que las chicas se metieran en líos. Aun así..., me pregunto por qué Lilia ha ido a reunirse con Anyi a estas horas... y dónde.» Sonea dejó la nota en la mesa. Sabía que Anyi se colaba en sus aposentos por donde Cery entraba de vez en cuando: una puerta oculta en la sala de invitados. Pero que Lilia se hubiera marchado para encontrarse con Anyi significaba que iban a juntarse en otro sitio, y eso resultaba preocupante. Por su condición de maga negra nueva, Lilia tenía prohibido salir del recinto del Gremio.

«Quizá se ha ido por la trampilla con Anyi.» El acceso a los túneles que discurrían por debajo del Gremio estaba vedado para todos salvo para los magos superiores, oficialmente porque eran inestables y peligrosos, pero sobre todo porque no había una buena razón para que nadie bajara allí. No obstante, esto no era lo que más inquietaba a Sonea respecto a que Lilia se hubiera ido a ver a Anyi.

Skellin quería quitar a Cery de en medio. Esto implicaba que cualquiera que ayudara a Cery se convertiría en un posible objetivo. Hasta la fecha, Cery había conseguido mantener en secreto el hecho de que Anyi era su hija. De cara al público, ella seguía siendo una guardaespaldas, lo que también la ponía en una posición de peligro. Aunque Lilia fuera capaz de protegerse con magia, tendría problemas si la atacaban Skellin o Loran-dra, su madre, pues ambos eran magos.

«¿Y si se ha ido porque Cery necesita su ayuda? Claro que, en ese caso, él se pondría en contacto conmigo primero.» Arrugó el entrecejo. Últimamente Cery no resultaba fácil de locali-

zar, y en las pocas ocasiones en que conseguía reunirse con él, estaba demacrado e intranquilo. Ella sospechaba que exageraba cuando hablaba de sus intentos de encontrar a Skellin y que en realidad dedicaba todas sus energías a mantenerse fuera del alcance del mago renegado.

Suspirando por tercera vez, Sonea regresó a su dormitorio, pero no para dormir. Era improbable que pudiera conciliar el sueño ahora que estaba preocupada tanto por Cery como por Lilia. Se lavó, se vistió e invocó un poco de su magia para mitigar el cansancio. Estaba preparando una taza de raka cuando alguien llamó a la puerta principal.

Reprimiendo otro suspiro —ya había suspirado bastante por hoy—, ella dirigió la mirada hacia atrás y abrió la puerta con magia.

El administrador Osen cruzó el umbral. Ella parpadeó, sorprendida.

—Administrador.

—Maga Negra Sonea —dijo él con una inclinación cortés de la cabeza—. ¿Puedo pasar?

—Por supuesto —respondió ella, volviéndose hacia él. Osen cerró la puerta—. ¿Le apetece un poco de raka o sumi?

Él sacudió la cabeza.

—Tengo una noticia mala pero no del todo inesperada.

La embargó la sensación incómoda de que todos sus órganos internos se volvían líquidos. «Lorkin.»

Osen apretó los labios en un gesto de solidaridad.

—No es la peor noticia posible. De ser así, se la comunicaría con menos rodeos. Lorkin ha rehusado someterse a una lectura mental. El rey Amakira ha exigido que le ordenemos ceder. El rey Merin se ha negado. Amakira ha enviado a Lorkin al calabozo.

Un escalofrío bajó por la espalda de Sonea, y el estómago le dio un vuelco. Una imagen de Lorkin encadenado en una celda fría, húmeda y lóbrega le vino a la cabeza y le provocó náuseas. En su mente, él no era más que un muchacho asustado. «Pero no lo es. Es un hombre adulto. Sabía que esto podía suceder, y

aun así se ha negado a desvelar lo que sabe sobre los Traidores. Tengo que confiar en su convicción de que merecen ser salvados.» Hizo un esfuerzo por devolver su atención a Osen.

—¿Y ahora qué? —preguntó, aunque los magos superiores habían discutido esta eventualidad en muchas ocasiones.

—Nos pondremos a trabajar para liberarlo. Me refiero al Gremio, el rey y el monarca de Elyne. Si Lorkin no tiene razón respecto a su capacidad de impedir que le lean la mente, debemos convencer a Amakira de que dejarlo en libertad es el camino más fácil para obtener más información sobre los Traidores. Allí es donde interviene usted en escena.

Sonea asintió, invadida por un alivio tardío. Su misión de entrevistarse con los Traidores en nombre del Gremio se había complicado cuando había quedado claro que el rey Amakira no permitiría que Lorkin se marchara de Sachaka sin antes haberle extraído toda la información posible. El Gremio había decidido enviarla a Arvice también para negociar la liberación de su hijo. Las circunstancias aún más difíciles en que Lorkin se encontraba ahora podían haberlos hecho cambiar de idea.

Como los magos superiores habían llegado a la conclusión de que solo un mago negro impondría el respeto necesario para entablar negociaciones con el soberano de Sachaka, tenían que elegir entre ella y Kallen, ya que Lilia era muy joven y no había completado su formación. Tenían razones poderosas para no escoger a ninguno de los dos. Aunque en la sociedad sachakana las mujeres ocupaban un rango inferior al de los hombres, y el hecho de que fuera la madre de Lorkin la exponía al chantaje, la adicción de Kallen a la craña lo convertía en una persona poco fiable e igual de vulnerable a la coacción.

«Y quizá saber que he matado sachakanos en el pasado y estoy dispuesta a volverlo hacer para salvar a mi hijo impulse a Amakira a dejarlo marchar.»

Por supuesto, era posible que el rey sachakano amenazara con hacer daño a Lorkin para forzarla a colaborar, pero no tenía mucho que ganar con ello. Sonea no sabía qué querían ave-

riguar ni podía obligar a Lorkin a hablar. A lo sumo podía prometer que intentaría persuadirlo si lo soltaban.

«A menos, claro, que él confiese antes bajo tortura.» Pero no quería pensar en eso. Se volvió hacia Osen.

—Bien, ¿cuándo he de partir?

La luz tenue que se derramaba por una puerta más adelante le indicó a Lilia que Anyi y ella estaban a punto de llegar a su destino. Sorteando escombros en el pasillo, siguió a su amiga hasta la abertura y la habitación que había al otro lado.

Cery estaba sentado en una de las viejas cajas de madera que Anyi había encontrado y que utilizaban como asientos. Bajo sus manos, tendido sobre algunos de los cojines gastados de la pila en la que Lilia y Anyi se habían repantigado tantas veces, estaba Gol. Incluso al brillo mortecino de las velas, se apreciaba su palidez. Ella le acercó su globo luminoso y lo hizo más intenso. El hombretón tenía la frente empapada en sudor, y la mirada enardecida por la fiebre y el dolor.

Lilia bajó la vista hacia él, paralizada por la inseguridad. «¿Tengo conocimientos suficientes de sanación para salvarlo?»

—Tú solo... inténtalo —la apremió Anyi.

Lilia miró de reojo a su amiga e hizo un gesto afirmativo. Con un esfuerzo de voluntad, se arrodilló junto a Gol. Cery le apretaba el abdomen con las manos manchadas de sangre.

—¿Aflojo la presión? —preguntó Cery.

—Pues... no estoy muy segura —reconoció Lilia—. Antes de nada... echaré un vistazo.

Apartó aún más la camisa de Gol, posó una palma sobre su piel y a continuación cerró los ojos y proyectó sus sentidos hacia el interior de su cuerpo.

Al principio, solo percibía caos, pero echó mano de lo que le habían enseñado y lo que había leído, así como de los ejercicios con los que había aprendido a interpretar todas las señales. Lo más notorio era el dolor. Estuvo a punto de soltar un grito ahogado cuando lo notó, y se sintió orgullosa por no haber perdi-

do la concentración a pesar de todo. Eliminar el dolor resultaba sencillo; era una de las primeras lecciones que se impartían a los sanadores. En cuanto se hubo encargado de ello, buscó más información. Su mente se vio atraída hacia la parte dañada, por donde estaban perdiéndose líquidos esenciales, y otros muy tóxicos se derramaban y emponzoñaban los sistemas sanos.

«El cuchillo con que lo han apuñalado le ha perforado las tripas. Si el derrame llega a ser más grande, él ya estaría muerto. Está claro que eso es lo primero que tengo que arreglar...»

Invocó magia y la vertió sobre la rotura de tal manera que los bordes de la herida se juntaron y cicatrizaron mucho más deprisa que en condiciones normales.

«Ahora tengo que detener la salida de sangre. Pero antes, debo encargarme de este veneno de las entrañas y la sangre que se encharca en su interior. Utilizaré una cosa para limpiar la otra.» Esperando que Cery y Anyi no se horrorizaran, se valió de la magia para expulsar los líquidos por la herida. Encontró más resistencia de la que imaginaba. Entonces se acordó de que Cery seguía presionando la herida. Lilia dirigió su atención hacia su propio cuerpo hasta recuperar el control sobre sus cuerdas vocales.

—Puedes dejar de apretar —se obligó a decir.

En cuanto se percató de que la sangre volvía a manar, se concentró para alinear y sanar la carne y la piel separadas. Al recordar las advertencias de sus profesores, se aseguró de que no hubiera desgarros internos que ocasionaran que la hemorragia continuara dentro del organismo. Había que reparar algunos conductos. No le costó mucho esfuerzo.

Tras una comprobación final, retrajo sus sentidos, respiró hondo y abrió los ojos. Gol ya no tenía el rostro rígido de dolor. Levantó la mirada hacia ella y sonrió.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Lilia.

Él asintió.

—Sí, pero... cansado. Muy cansado. —Fruunció el entrecejo—. Y con sed.

—No es de extrañar. Has perdido sangre y es posible que el veneno te haya provocado una inflamación.

—¿La hoja del cuchillo tenía veneno? —inquirió Cery, alarmado.

—No, pero penetró en las entrañas. Las sustancias que hay dentro actúan como veneno si se cuelan en el resto del organismo.

Cery contempló al hombretón, con aire meditabundo.

—No servirás para el entrenamiento de combate durante una temporada. —Miró a Lilia—. ¿Cuánto tardará en recuperarse del todo?

Ella se encogió de hombros.

—No estoy segura, pero se curará más deprisa si le dais buena comida y agua limpia. —Se volvió hacia Anyi—. Si me acompañas, iré a ver si Jonna ha dejado algo en mi habitación. Como mínimo, habrá un poco de agua.

—Ya vas a llegar lo bastante tarde a clase —señaló Anyi—. Deberías ir directa a la universidad.

—¿Con esta pinta? —Lilia bajó la vista hacia su túnica de aprendiz. Estaba raída y sucia por haber descendido por el hueco estrecho situado entre las paredes del alojamiento de los magos que le permitía escabullirse de los aposentos de Sonea hacia los pasajes subterráneos. Por lo general, Anyi le llevaba ropa vieja para que se cambiara, pero en esta ocasión se había presentado con las manos vacías. No guardaban dichas prendas en los aposentos de Sonea, pues habrían corrido el riesgo de que Jonna, su sirvienta, las viera. Lilia no había intentado encontrar otra cosa que ponerse por temor a que Gol muriera mientras ella buscaba.

Anyi observó la túnica de Lilia.

—¿No puedes remendarla con magia?

—Puedo intentarlo —suspiró Lilia—. Depende de lo estropeada que esté. Podría llevarme más tiempo arreglarla que regresar.

Anyi la inspeccionó.

—No está tan mal. Puedes explicarlo diciendo que has tropezado y te has caído en un seto.

—¿Y lo de ir a por comida y agua?

Anyi se encogió de hombros.

—Ya me encargo yo.

—Sonea se pasará todo el día en sus aposentos.

—Trabaja en el turno de noche en el hospital, ¿no? O sea que estará dormida.

—¿Y si no lo está, o si se despierta?

—Entonces le diré que he pasado a visitarte y que tenía hambre.

—Si lo único que necesitamos es agua, sé donde hay tuberías que gotean —terció Cery—. Pero nuestra situación empeorará si te saltas una clase o alguien descubre que has estado deambulando por debajo del Gremio. Tendremos que quedarnos aquí durante un tiempo, y necesitamos que puedas venir a vernos, Lilia.

Ella desplazó la mirada de él a Anyi. Tenía razón, por supuesto. Aunque ir a la universidad parecía poco importante en comparación con la seguridad y el bienestar de sus amigos, si faltaba a clase solo despertaría sospechas. Se maldijo una vez más por haberse dejado llevar por la curiosidad y haber seguido las instrucciones sobre el uso de la magia negra que aparecían en el libro de Naki. Nadie le prestaba atención cuando era una aprendiz del montón. Suspiró y asintió con la cabeza.

—De acuerdo, pero esta noche volveré para traeros la cena a todos.

—¿Cómo te las ingeniarás? —preguntó Cery, arqueando una ceja.

—Oh, Jonna siempre insiste en que debo comer más y me deja tentempiés para que pique mientras estudio. Esta noche tendré un apetito fuera de lo común.